



S a b e r e s

Del
Queule
&
El Zorro
de Darwin

R e l a t o s

Relatos sobre Saberes del Queule y el Zorro de Darwin, es un libro que nos invita a un viaje lleno de colores, donde se une la sabiduría de un árbol milenario, con la agudeza de un pequeño mamífero. Pero los protagonistas de estas historias, delicadamente ilustradas, no están solos.

Este texto nos presenta una serie de historias rescatadas de la voz de los habitantes de diversas zonas que, durante generaciones, han caminado entre bosques de queules o han tenido la suerte de divisar un zorro de Darwin, especies endémicas y en peligro de extinción. Tanto los testimonios que aquí se presentan, como la cosmovisión mapuche, muestran a un zorro de Darwin pequeño y tímido, pero capaz de acompañar, sigilosamente, largas caminatas y de paso encontrarse con algunos milenarios árboles de queule.

El rescate de la memoria popular, reconocer el respeto por el otro, que incluye plantas y animales, engrandece nuestro espíritu y nos permite reconocernos como parte de un entorno vivo, cambiante y que debemos respetar y preservar.

Para poder conservar la biodiversidad de las especies en nuestro país y del planeta, es necesario conocerla. La preservación del ecosistema es una de las dimensiones fundamentales de la conservación, porque permite la interacción de diversas especies que potencian la posibilidad de mantenernos vivos.

Este libro, de la iniciativa Conservación de Especies Amenazadas, es una invitación a reconocernos como actores y comunidad protagonista de un territorio. La conservación solo será posible dialogando, respetando el entorno y conservando la memoria de quienes habitan nuestro patrimonio natural.

Eve Crowley
Representante de FAO en Chile



© 2014 Treibel

Agradecimientos

Organizaciones de base social que participaron en la construcción de relatos y saberes locales en relación al Queule y Zorro de Darwin en las comunas abarcadas durante la investigación febrero – julio 2019:

- Asociación Koñintu Lafken Mapu (Penco).
- Feria campesina de Penco (Penco).
- Coordinadora Penco-Lirquén (Penco).
- Unión Comunal de Huertos Orgánicos –UCHO- (Tomé).
- Vivero Municipal de Tomé (Tomé).
- Escuela de Canelillos (Canelillos, Pelluhue).
- Huerta a deo' (Pelluhue).
- Escuela de Quile (Quile, Cobquecura).
- Corporación Mapuche Nahuelbuta (Valle de Cayucupil, Cañete).
- Turismo Ruka Pillan (Valle de Cayucupil, Cañete).
- Organización medioambiental, territorial y cultural del valle de Elikura (Valle de Elicura, Contulmo).
- Agrupación ecológica-educativa-cultural Rukarelmú (Angol).
- Cooperativa de trabajo Ecoturismo Caramávida (Los Álamos).
- Parque educativo "Las raíces de Nahuelbuta" (Curanilahue).



Saberes del Queule & Zorro de Darwin, relatos.

Iniciativa Conservación de Especies Amenazadas ejecutada por el Ministerio del Medio Ambiente (MMA), implementada por la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), con financiamiento del Fondo Mundial para el Medio Ambiente (GEF).

Coordinadora Macrozona Sur

Fabiola Lara Salinas

Investigación

Nicolás Rodríguez Henríquez

Edición General

Victoria Valencia Andrade

Redacción

Cristóbal Montecinos Campos
Luis Sandoval Guerrero

Transcripción

Tatiana Troncoso Gutiérrez

Acuarelas

Gerda Friebe Wunder

Diseño y Diagramación

Rodolfo Hernández Delgado

Imprenta

Impresos Amar

Este libro reúne las opiniones de entrevistados en el contexto de la investigación antropológica correspondiente al diálogo sobre saberes locales del queule y el zorro de Darwin, realizada entre febrero y junio de 2019.

El Comité Editorial advierte reconocimiento de la perspectiva de género en la escritura de este libro. Sin embargo, durante el desarrollo de las experiencias pudiesen omitirse ocasionalmente los vocablos las y los para referirse a los entrevistados en este libro con la intención de hacer más fluido el texto.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio impreso, electrónico y/o digital, sin la expresa autorización de FAO y MMA Chile.

Concepción, Región del Biobío, Chile, noviembre 2020

Índice

Prólogo.....	9
Introducción.....	13
El pequeño caminante de Nahuelbuta.....	17
La especie mítica de la cordillera de la Costa.....	47

Prólogo

¡Cuánta riqueza en biodiversidad tiene nuestro territorio y cuánta sabiduría nuestra gente! Cada vez que tenemos la posibilidad de salir a terreno quedamos maravillados con el entorno, áreas ricas en biodiversidad, altas en endemismo de especies y variados ecosistemas, que han permitido el desarrollo de especies únicas. Es, sin duda un privilegio, coexistir con ellas, pues son ejemplo de fortaleza y adaptación, y con las cuales tenemos la gran deuda: no haberlas sabido cuidar como se merecen. Dos de las especies que se encuentran seriamente amenazadas y por las cuales venimos trabajando son el Queule (*Gomoterga keule*) y el Zorro de Darwin (*Lycalopex fulvipes*), las que inspiran esta publicación.

Hoy los esfuerzos colaborativos entre la institucionalidad pública y privada, así como las de cientos de personas naturales, nos permiten avanzar en su protección y lo hacemos convencidos de la importancia que representan para todos. La iniciativa Conservación de Especies Amenazadas, ejecutada por el Ministerio del Medio Ambiente (MMA), implementada por la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y con financiamiento del Fondo Mundial para el Medio Ambiente (GEF), tiene como objetivo incorporar criterios de conservación y lo hacemos en diferentes líneas de trabajo de las cuales me enorgullezco en liderar, pues representa un desafío no menor el trabajar integrando un cambio de cultura con el bien mayor del respeto por nuestra biodiversidad.

Los relatos que publicamos son el resultado de muchas conversaciones que sostuvo el antropólogo Nicolás Rodríguez Henríquez, quien, por encargo de la Iniciativa Conservación de Especies Amenazadas, recorrió durante el primer semestre de 2019 las comunas de Pelluhue, en la Región del Maule; Cobquecura, en la Región de Ñuble; Tomé, Penco, Curanilahue, Los Álamos, Cañete y Contulmo, en la Región del Biobío; para finalizar con Angol y Purén, en la Región de La Araucanía y levantar información en referencia a las dos especies cuyo Estado de Conservación es ¡En Peligro!. El resultado fue un estudio antropológico llamado “Saberes locales en relación al Queule y Zorro de Darwin” (2019), desde donde se extrae, en un formato sencillo y ameno, este libro.

El Queule es un árbol siempre verde, declarado Monumento Natural desde 1995, que puede alcanzar hasta 30 metros de altura, único en su especie, endémico de Chile central, que se distribuye en áreas discontinuas de la Cordillera de la Costa, entre el sur del río Maule y la Cordillera de Nahuelbuta. Por otra parte, el Zorro de Darwin, también conocido como zorro chilote o zorro azul, especie asociada al bosque nativo, se localiza en la Cordillera de Nahuelbuta, en la costa de la Región de Los Ríos y los bosques de Chiloé.

Un total de 52 personas fueron entrevistadas por el profesional, quien conversó acerca de distintos aspectos experienciales en relación a las especies, buscó en la memoria de cada uno de sus interlocutores los recuerdos, características y alguna conclusión individual de por qué han ido desapareciendo estas especies. En una hora de entrevista realizada a cada uno, hombres y mujeres de entre 25 y 84 años compartieron generosamente sus saberes para dar testimonio de cómo ha sido habitar un territorio coexistiendo con el Queule y el Zorro de Darwin. Información valiosa, pues hay muy pocos registros de estos saberes locales y por eso hemos querido contribuir con su difusión a través de esta publicación. La investigación del antropólogo es la base para esta entrega, la cual ha sido simplificada a modo de relato para su mejor comprensión.

Editados los textos, los entregamos a la acuarelista local Gerda Friebel Wunder, quien se inspiró en esos recuerdos para apoyar con su pincel y color la entrega de este libro. Al encontrarse con los relatos, la artista echó a volar la imaginación y plasmó su visión de cómo serían las escenas en medio de la naturaleza, dibujando sus características propias, así como las de los habitantes que convivían cotidianamente con estas especies. Jugó con las tonalidades de las cordilleras de Nahuelbuta y de la Costa, llenas de biodiversidad y ricas en texturas. Con suavidad y ternura, plasmó el respeto reflejado en la memoria de los habitantes del territorio y estas especies en peligro de extinción.

Con este libro de narración simple y lleno de recuerdos, que espero disfruten tanto como nosotros, hemos querido atesorar en voz de quienes generosamente nos han compartido sus historias, un material de alto valor patrimonial que esperamos difundir, pues nuestra tarea es conocer, reconocer y evidenciar, a través de distintas plataformas, los temas relativos a estas especies y llegar así a más personas. Nuestro compromiso es entregar el mayor número de herramientas e información necesaria para trabajar todos juntos en favor de la conservación de nuestro patrimonio natural. En eso estamos abocados.

Mario Delannays Araya
Seremi del Medio Ambiente
Región del Biobío

Introducción

Los relatos y saberes contenidos y expresados en las páginas de este libro fueron posibles gracias a la participación de cada una de las personas que compartieron sus historias de vida en compañía de zorros y queules, haciendo de todas y todos sus protagonistas. Por ello, se espera que esta sea una forma de devolución surgida desde el agradecimiento, el respeto mutuo, los vínculos creados y de los buenos recuerdos que dejó su construcción. Así, en su esencia, este libro representa un viaje por distintos territorios, evocando a una memoria histórico-ecológica y el convivir de comunidades humanas con otras formas de vida que han posibilitado la existencia de estas y tantas otras historias situadas en bosques, cerros, valles y costas. En este sentido, tanto el Queule como el Zorro de Darwin, al igual que otras formas de vida, no son relegados y reducidos a objetos o adornos parte del paisaje, sino que como se ha reflejado en esta experiencia, son vidas profundamente biográficas, convirtiendo a ambas especies en actores políticos-ecológicos de la historia y vida comunitaria de diferentes territorios en el centro-sur de Chile.

Considerando lo anterior, este libro es una invitación a pensarnos en compañía, en un devenir con las especies que históricamente han sido silenciadas por el antropocentrismo y, actualmente, por los ritmos acelerados de la hipercomunicación y los constantes estímulos que alimentan el individualismo y el egocentrismo, saturando nuestra atención y distanciándonos de lo cercano, de lo vivo, de lo trascendente. Frente a ello, surge la importancia de desarrollar y llevar a cabo individual y colectivamente nuevas formas de convivir con otras vidas como el Queule y el Zorro de Darwin para evitar algo tan drástico y terrible como lo sería la

extinción de una especie, ¿qué estamos haciendo para que algo así ocurra a nuestro alrededor? La extinción de una especie supone, en palabras de Deborah Bird, una doble muerte, ya que no solo muere un gen específico y la reproducción de una forma particular de vida, sino que también los conocimientos contenidos en ella, vinculados a experiencias vitales de relacionamiento ecológico y sociocultural. De esta manera, situándonos desde una subjetividad interespecies, cada vez que perdemos una forma de vida, perdemos una forma de experimentar y ser en el mundo.

Por su parte, la experiencia de la investigación y sus participantes hacen un llamado a movilizar energías y propuestas políticas, sociales, culturales, estéticas, tecnológicas, medioambientales y ecológicas para estar a la altura de la deuda que supone llevar a especies a su inminente extinción. Con todo, los relatos y saberes expuestos se convierten en espacios de resistencias y esperanzas bioculturales que invitan a construir y reflexionar alternativas superadoras de una debacle socioecológica, proyectando futuros en donde la educación; una ciencia comprometida con una ética-política ecologista; la escucha y el diálogo horizontal; el trabajo comunitario; y las transformaciones políticas y socioculturales juegan un rol clave. Este libro, y quienes lo construyeron, espera estar a la altura de ello y contribuir desde su campo de acción micropolítica en tales transformaciones.

Nicolás Rodríguez Henríquez
Antropólogo

Zorro de Darwin

El pequeño caminante de Nahuelbuta

El Zorro de Darwin es el cánido más pequeño que habita en Chile, y es una de las especies de su tipo en mayor riesgo de desaparecer en el mundo. Documentado por primera vez por el naturalista inglés Charles Darwin, enfrenta la fragmentación y destrucción de su hábitat, lo que representa una de sus principales amenazas.

En su viaje por Chile, el naturalista inglés Charles Darwin –quien lo clasificó erróneamente como una subespecie del zorro Chilla– fue el primero en describir al al zorro de Darwin

o zorro Chilote (*Lycalopex fulvipes*). Es el cánido endémico más pequeño que habita Chile y uno de los animales en mayor riesgo de extinción en el planeta. Su estado de conservación actual es en peligro, y por ello existen

esfuerzos mancomunados en conocer más de su existencia y trabajar por evitar su desaparición de la faz de la tierra.

Junto a las otras especies de zorro como el chilla (*Lycalopex*

griseus) y culpeo (*Lycalopex culpaeus*) –que también tienen presencia en gran parte de Sudamérica– es uno de los tres zorros que existen en nuestro país. Su denominación de “chilote” obedece a que Darwin, le confirió su denominación más conocida, y consiguió documentar su hallazgo en 1834, precisamente en el territorio insular.

Más de 150 años después de ese encuentro, un grupo de investigadores descubrieron una pequeña población en la zona costera de las regiones del Biobío y La Araucanía, en el corazón de la cordillera de Nahuelbuta y es precisamente en este territorio, en donde se recopilan historias del conocimiento ascentral

mapuche y de las y los habitantes de las cordilleras.

El hábitat de este cánido silvestre se distribuye en los bosques templados de cuatro áreas: Nahuelbuta, Gorbea, Valdivia y Chiloé. El zorro de Darwin es uno de los carnívoros más amenazados del planeta, y se agrupa en núcleos pequeños y disyuntivos, prefiriendo el bosque nativo maduro (no ecotonos), en zonas altas (preferencia por el bosque valdiviano sobre el mediterráneo).

Su población se estima en menos de 100 ejemplares, de los cuales de 50 a 70 estarían concentrados en un área de entre 40 y 50 mil hectáreas en Nahuelbuta. Estos transitarían

en grupos familiares, sobre territorios de uno a dos kilómetros, pudiendo haber entre cuatro y seis ejemplares por kilómetro cuadrado. Muy pocos y por lo mismo en extremo difíciles de observar, de ahí la importancia de la instalación de cámaras trampa que promueve la Iniciativa Conservación de Especies Amenazadas y otras similares que trabajan en el territorio para obtener más y mejores datos para su estudio.

Las mayores amenazas para su conservación radican en la poca disponibilidad de hábitat conexo, que está disminuyendo por la implementación de prácticas productivas que no consideran aspectos de conservación de biodiversidad:





cambio de uso de la tierra; competidores en un hábitat reducido, y las enfermedades transmitidas por perros callejeros (distemper, parvovirus y otras típicas de animales domésticos).

“Chico y curioso”

“Verlo era como sacarse la lotería”, asegura Francisca Guzmán, vecina del sector de Vegas Blancas, en la comuna de Angol, quien asegura que el mito existente en relación a que el zorro de Darwin atacaba los gallineros -otro de los factores que han propiciado su desaparición- no es real. “Era como un perrito chico, muy curioso, nunca se le vio atacando. Una vecina dice que lo vio muchas veces, siempre solo. A mí me llamaba

la atención porque eran juguetones”, cuenta.

El zorro de Darwin no supera los 70 centímetros de hocico a cola, con una altura de entre 25 y 27 centímetros. Gracias a su diminuta envergadura ha logrado adaptarse a condiciones de bosques más densos, típicos de la zona sur de Chile. Su característico color grisáceo y orejas de color rojizo son toda una postal de la fauna endémica del país.

¿Cómo reconocerlo? Los que han tenido la fortuna de avistarlo dan algunas pistas. “Es más chiquito que el culpeo, más espeso de piel y tiene otro color no blanco, más oscuro. Es más bonito”, detalla Tehualda Maribur, vecina de Contulmo,

quien recuerda los aullidos, hoy inexistentes, de algunas pequeñas manadas.

Jorge Artiaga, de Purén, cuenta que hace más de 30 años que no ve al pequeño cánido, habitual e injustamente culpado por la muerte de aves domésticas. “El color es muy parecido al otro, pero no de pata amarilla, es más oscuro; y las orejitas cortitas, paraditas. La cola es ‘ramúa’, ancha, con más pelitos y cuando arranca se nota altiro, porque se desparrama”, cuenta este molinero.

Frutos autóctonos

Quienes se han topado con esta especie en peligro de desaparición coinciden en que la amenaza del zorro de Darwin es

también la de todo el ecosistema nativo al que pertenece.

“El hábitat del zorro es muy diverso. Come frutos autóctonos como la murtilla o el maqui. Tenía mucha alimentación, pero con la llegada de pinos y eucaliptos se vio obligado a cambiar su dieta. Está al borde de la extinción conjuntamente con su hábitat natural”, señala el guía de ecoturismo y conservacionista Nelson Cuevas, de Curanilahue.

Emilio Morales, vecino de Purén, quien se describe como un gran conocedor de estos cánidos, comenta que en su entorno natural se encontraban “quilantos, mutillales, mutillones, quilas, coihue, lingue, avellano, de todo eso. Entre más ramas tiene el árbol mejor para él

(zorro de Darwin), porque ahí se esconde. Siempre habita donde no lo vean mucho, trata de que no sea muy observado”, explica.

En la cordillera de Nahuelbuta, este pequeño animal transita por una vegetación densa, que le permite esconderse de la depredación. “Antes se veía en las partes más abiertas, siempre cerca de matorrales. Lo que más le gustaba era meterse debajo de los arrayanes o del avellano. Por ahí se metía y por ahí aparecía en cualquier lado”, agrega Francisca Guzmán.

Los bosques húmedos y densos de estas áreas son su rincón favorito para alimentarse. “Había coligüe

cerca y había helechos grandes. Era húmedo y se metía entremedio de los matorrales, que eran como arbustos, ...pero por donde pasó ese animalito había quila”, describe Nativá, artesana del Valle de Elicura, Contulmo.

En el Parque Nacional Nahuelbuta, el zorro de Darwin convive con árboles como el ñirre, el coigüe y las araucarias. “Hay un bosque de ñirre, seco y sus árboles son como sin hojas. La barba es más baja y tiene más luz ahí. Es más bajo y hay pasto. El otro bosque, el bosque más húmedo que es de coigüe y araucarias, es lo que más abunda. Están las lianas, troncos más gruesos y húmedos”, relata Javier



Gerdatriebel

Maricura, habitante y guía de turismo aventura, del Valle de Cayucupil.

Se trata de un ambiente muy distinto al que ofrecen áreas donde hoy abundan los monocultivos forestales, uno de los factores que amenazan la supervivencia del pequeño cánido. “El zorro no vive en medio de las plantaciones (monocultivos). Vive en descampe, en planicies, en acantilados e inclusive entre araucarias, pero no en un bosque de pino ni en un bosque de eucaliptus, porque el zorro es un animal carnívoro, entonces él tiene que buscar una parte dónde alimentarse”, opina Jaime Pincheira, encargado de un vivero y dirigente de un club

deportivo de la comuna de Cañete.

Con impronta grisácea

Identificar a la especie no es sencillo, ya que, además de la fragmentación de su territorio y lo limitado de sus poblaciones, tiende a confundirse con los otros dos zorros que habitan el territorio nacional.

Hace más de 15 años que la trabajadora del Arzobispado de Angol, Patricia Ottone, no se cruza con uno. Pese a ello, precisa que la principal diferencia está en la tonalidad casi azulada de la piel del zorro de Darwin. “Lo aprendí a diferenciar cuando lo vi y

me explicaron que ese era el zorro de Darwin. Antes, yo había visto más al culpeo. Esos cruzan hartos en el camino, saltan bonito y tienen una cola larga”, cuenta.

Gicelle Lepillán, habitante del Valle de Cayucupil y presidenta de la Corporación Mapuche Nahuelbuta, describe su boca “puntuda”, tonalidad “colorada, como con plomo” y aspecto diminuto. Otros recuerdan su envergadura más ancha. “Es plomito, más chico, más regordete, en la cola se nota. Tiene las orejas son más cortitas y la cabeza más chica. Se advierte de inmediato las diferencias entre uno y otro”, complementa Ady Jara, habitante del Valle de Elicura, comprometido

con la conservación de los ecosistemas locales y los conocimientos ascentrales mapuches.

Efectivamente, el pelaje, estatura y la forma de sus orejas y su cola son clave para identificar al zorro de Darwin.

“Son chiquititos y las orejitas son cortitas. Son como unos perritos que hay en la ciudad a veces, bien mononitos. Su carita más redondita y cortito, es chiquitito y bonito”, sugiere Ricardo Gutiérrez, agricultor del sector de Cifuentes en Curanilahue.

Habitualmente, las personas los comparan con un típico animal doméstico, tanto por su forma como por el sonido que emiten: un ladrido suave y agudo.

Astuto y desconfiado

Las versiones de la relación del zorro de Darwin con humanos dan cuenta de un comportamiento manso, a veces temeroso y otras... más amigable. De actuar astuto y desconfiado. “No deja acercarse mucho, porque se ahuyenta. Mantiene la distancia, pero no es agresivo ni nada de eso. Es mansito”, opina Emilio Morales, vecino de Purén.

En Angol, Francisca Guzmán destaca su curiosidad como uno de los principales atributos de su comportamiento. “No se hacía mucho problema, es de personalidad más bien curiosa. Nosotros decíamos que era copuchento”. Para la dirigenta

Gicelle Lepillán, la palabra que mejor describe al cánido es “confianzado”. “Esto, por lo que he escuchado y por lo que me pasó a mí. De lo contrario, hubiese partido (cuando lo vi)”, relata tras su encuentro con el animal.

Otros atesoran en su memoria la sagacidad con la que se movía por el territorio. “La habilidad que tiene no es igual que el otro, es más inteligente. A usted lo hace como quiere, lo engaña. Claro, usted puede estar conversando y él ya está detrás de usted, y cuando se vuelve se desaparece, es astuto”, añade Jorge Artiaga, vecino de Purén.

No opina lo mismo Ady Jara, para quien el pequeño caminante de Nahuelbuta es muy consciente de que los

humanos representan una amenaza para su supervivencia. “Este zorro no es manso, sabe quienes somos nosotros. Sabe de los perros, que tiene que arrancar de ellos. El perro es el peor enemigo de ellos, y nosotros”, reflexiona por su experiencia.

Se alimenta según la estación

Su dieta se compone de vertebrados como roedores, aves y reptiles, aunque es capaz de adaptar su alimentación a las estaciones del año. Su comportamiento, sin embargo, es un poco distinto en Chiloé –allí su tamaño y espacio de tránsito son mucho más grandes–, donde se le conoce como un carnívoro culminal.

En Nahuelbuta, en tanto, se ha descrito un comportamiento mucho más esquivo y omnívoro, que cambia de dieta según las estaciones, comiendo vertebrados en invierno e invertebrados en verano; además, se alimenta de piñón, el fruto por excelencia y alimento de la comunidad mapuche. “De hecho, me dijeron que comía algunas plantas, no era (totalmente) carnívoro... por lo que me han dicho, no es igual que el otro zorro”, aporta Gicelle Lepillán.

Para Nelson Cuevas, la dieta del cánido incluye frutos como la murtila, el maqui, el copihue y otra amplia variedad de alimentos característicos del bosque de la cordillera de Nahuelbuta. “Entonces,





Gerdatriebel

el zorrillo obviamente tenía mucha alimentación”, dice al recordar la rica diversidad del territorio.

La búsqueda de alimento en los gallineros de las familias de la zona es un relato recurrente. Ady Jara, comprometido con la conservación del Zorro de Darwin y su hábitat, comenta la minuciosa elección de presas en los gallineros de vecinas y vecinos. “Cada persona acá tenía 20 o 30 gallinas y el zorrillo sabía dónde cazar una y otra y así no se notaba tanto, hasta que los perros no más acusaban”.

Desde la madriguera

Su reproducción se da en camadas de dos a tres crías,

entre los meses de mayo y junio. Cada cachorro alcanza peso adulto a los seis meses, con una probabilidad de supervivencia anual de 0,7 individuos, tanto en juveniles como en adultos. Se estima que es un animal monógamo, es decir, de una sola pareja. Emilio Morales, de Purén, dice que el celo del zorro se da a finales del invierno, época donde es más fácil avistarlo.

El periodo de gestación de la hembra es de dos meses. Posterior a ello, se produce el alumbramiento de las crías, que son alimentadas con leche materna en sus primeros meses. Ambos padres cuidan de la camada, que abandona la madriguera por primera vez en diciembre, aunque seguirán

siendo amamantados durante al menos 60 días.

“La época de las crías es como en octubre y noviembre, justo con la crianza de los pollos que ya están grandecitos. En noviembre podíamos ver cómo la hembra aparecía con sus crías. Los tenía escondidos en sus cuevas. Ahí estaba, flaquita, porque se adelgaza al tener que buscar comida para ella y sus crías”, comenta Jorge Artiaga, vecino de Purén.

“En sus tiempos este era el enemigo número uno de la persona de campo. Entonces había que aniquilarlo al tiro y había gente que iba a buscar a la zorra para eliminarla para que no hubiera más crías”, se lamenta Ady Jara.





En su hábitat

Pocos animales tienen un lugar tan simbólico en su conexión con el territorio como el zorro de Darwin. No deja de ser algo paradójico: no muchos lo han visto, las historias sobre encuentros son breves, añosas, y la descripción de su comportamiento y formas tienden a ser distintas. Versiones que se contraponen, entre aquellos que recuerdan a un animal manso y amigable, y otros que relatan las cacerías de los vecinos para proteger a sus gallineros.

La relación entre el humano y la naturaleza se presenta

como un eje articulador de esta historia, en el que más allá de los temores pasados, lugareños de los territorios donde habita el pequeño cánido coinciden en la urgencia de proteger su entorno y el daño que la disminución del bosque nativo ha hecho para su supervivencia. La conservacionista Ady Jara recuerda historias de vecinos que incluso llegaron a tenerlo en cautiverio para protegerlo de los perros. “Era más común que se acercaran a los poblados donde había casas”, asegura.

En Angol, Francisca Guzmán narra relatos de su infancia, donde el zorro aparecía de vez en cuando por las inmediaciones de su casa

familiar, principalmente en los meses de primavera, mientras separaban a terneros de vacas para comenzar a extraer la leche.

“Había una parte en la parcela de mis papás donde salían hartas frutillas silvestres, la murtilla rosada y a ellos se le veía en las tardes correteando, jugando, como cuando juegan los perros nuevos y saltaban para allá, saltaban para acá. Estamos hablando como de 40 años atrás o más. Jugaban cerca de los bosquetes chicos como mallines y ahí se internaban”, recuerda.

La supervivencia de la fauna endémica no está alejada de la vida cotidiana de las familias que habitaban en su entorno. Negativamente, la actividad

humana y empresarial ha afectado a los animales nativos de la cordillera de Nahuelbuta, incluyendo al zorro de Darwin. Jorge Artiaga, habitante que fue parte de las primeras familias en llegar al sector de Pingidahue, comuna de Purén, en la primera mitad del siglo XX, recuerda la existencia de extensos y prolongados incendios en la Cordillera de Nahuelbuta para despejar los terrenos. "Era pura montaña. Ese fuego se apagaba recién en mayo, al año siguiente. El bosque nativo es muy lento para quemar, no es como un bosque de eucalipto. Entonces, después quedaron los puros palos blancos, se pusieron blancos los coigues y todavía existen parados en la cordillera. Y la gente iba armando la

madera quemándola, lo que no podía quemar lo tiraba a lo derecho para abajo", afirma.

En estos terrenos arrasados, el zorro de Darwin se movía en manada buscando alimento en los bosques húmedos y bajo la flora endémica. Para algunos, la desaparición del pequeño cánido también es resultado de cómo el zorro Culpeo se ha impuesto en estas áreas, que se han visto limitadas y donde la competencia por alimento es mayor. "Antes casi no había Culpeo, sólo el chico (chilote). En el último tiempo, el Culpeo lo echó", opina Artiaga.

Asimismo, en la comuna de Curanilahue, específicamente en el sector de Trongol Alto, los habitantes dan cuenta de las



28



Gerda Trip

dificultades del zorro de Darwin para su supervivencia como consecuencia de la llegada de árboles introducidos que han impactado en su habitual ecosistema.

“Se ha terminado el bosque nativo y las especies. El mismo zorrillo de Darwin se ha ido extinguiendo, se ha ido perdiendo de esos lados, igual que los pudús. Porque, ¿qué come o qué pilla dentro del bosque de pino y el de eucalipto? Nada. Tiene que salir del bosque nativo, porque hay otras especies. Bueno, a mucha gente les molesta el zorrillo, pero a nosotros no, porque hemos nacido con ellos y tendremos que seguir viviendo con esas especies”, reflexiona Inés Castro, quien hace más

de 40 años vive en el sector cordillerano.

Nelson Cuevas, guía de ecoturismo, recuerda que en el mismo sector de Trongol Alto se encontró con el zorro de Darwin en la denominada “Ruta del Aguardiente”, una vía por la que transitaban vendedores ilegales de alcohol durante la primera parte del siglo XX, en dirección a los principales poblados mineros de la provincia de Arauco. “Me acuerdo que me topé varias veces con él en el sector que se llama La Envidia, donde habían unos chupones. Fue increíble verlo”.

Ociel Carrillo, de la zona de Caramávida, en la comuna de Los Álamos, expone la

relación que las comunidades tenían con especies silvestres, como el zorro o el puma. Expone una de las principales acciones humanas que han perjudicado el entorno natural en el que este tipo de animales transitaba, se alimentaba y se reproducía: la conectividad urbana.

“Antiguamente era más frecuente ver esos tipos de especies, porque no había mucho vehículo, no había mucho ruido. Entonces era más calladito todo y se podían ver. Mis abuelos y mis papás me cuentan que incluso pumas se veían cerca de aquí. Los pumas comían las ovejas de mis abuelos, mientras que el zorro se metía a los gallineros y se sacaba a las

gallinas, pero eso era antes. Hoy en día, con más avances tecnológicos, hay más ruidos, hay más perros y hay más cosas, entonces cuesta ver estas especies”, relata.

Vínculos con la cultura mapuche

Testimonios de quienes han visto al zorro de Darwin dan cuenta de las tonalidades azuladas de su pelaje.

Precisamente, en conocimiento de habitantes de comunidades mapuche de la Cordillera de Nahuelbuta, el diminuto cánido es recordado como *kalfu ñirre* o “zorro azul”. Junto a ello, el *kalfu ñirre*, al igual que las distintas formas de vida que acompañan y han acompañado al territorio, es integrante de los

conocimientos ancestrales de las comunidades. Particularmente, se comenta el rol que ha tenido el zorro de Darwin en los aprendizajes para la práctica de la medicina tradicional mapuche, acompañando durante la búsqueda de hierbas curativas en el territorio. Así mismo se le asocia como un ser astuto y contenedor de sabiduría la que sería transmitida a quienes están en búsqueda de aprendizajes.

Para los conocimientos ancestrales mapuche, la flora y fauna de la Cordillera de Nahuelbuta, así como también ríos, lagos, humedales, cerros, sitios ceremoniales, entre otros son actores clave en el equilibrio ecológico, espiritual y cultural del territorio. Así lo explica el guía turístico Javier Maricura,

quien a sus 25 años menciona los saberes tradicionales que se han traspasado de generación en generación.

“Si uno entiende la cosmovisión o el Ad Mongen, que es la forma de vida, y el Itrofill Mongen que es la diversidad, ambas se encadenan, uno encadena todo. Por ejemplo, si yo recolecto, la recolección es parte de mi sustentabilidad económica, de mi sobrevivir día a día. Por eso también necesito que las plantas que yo recolecto, los frutos que yo recolecto, que son nativos, necesito que esa plantación esté”, argumenta.

Para quienes reciben y transmiten los conocimientos ancestrales del territorio con sus comunidades, las distintas

especies que cohabitan con ellas y ellos han sido los dueños de las áreas –árboles, plantas, animales, ríos–, seres vivos y espirituales de la tierra, el agua y los cielos. Dañarlos o peor aún, llevarlos a su extinción, sería una pérdida para los conocimientos del pueblo mapuche y un gran impacto para el equilibrio de la vida.

“Entonces, de alguna u otra forma algo, está afectando. Se está enfermando la tierra”, afirma la dirigente Gicelle Lepillán.

El zorro, como un animal simbólico para la cultura mapuche, se refleja también en los relatos orales que han trascendido al calor de una fogata. En el valle de Elicura, una moraleja local muestra la actitud con la que el cánido

se enfrentaba a sus pares. El relato, descrito por don Hernán, muestra el carácter curioso del zorro (aunque no especifica qué variedad es la que estuvo implicada en la historia):

El águila fue invitada a una reunión en la montaña y le pidió al zorro que lo acompañara. Se fue en la espalda del ave para llegar a la cita. Ahí, el mamífero comió y disfrutó sin ataduras. Fue el águila el que intentó poner medida y trató en vano de volver a su hábitat. El zorro solo quería seguir bailando, comiendo y gozando.

“Al final, el águila vuelve solo y el zorro, al volver, cayó a las quebradas y se mató. Es más una moraleja mapuche de que uno tiene que ser lo que

es, no aparentar ser otra cosa. Que el zorro era de un lugar, era mapuche, y él quería ser otro en la fiesta, quería aparentar otra cosa en otro lado. Entonces, esa es la moraleja, que uno es lo que es. No puede cambiar. El mapuche jamás va a ser otra cosa, es mapuche”, explica don Hernán.

La activista Ady Jara comenta que los relatos surgidos de la tradición oral mapuche valoran atributos como la inteligencia y astucia del pequeño habitante de Nahuelbuta. “Me acuerdo que los abuelos nos contaban muchas cosas con respecto a los animales silvestres, porque había personas que se identificaban con el zorro, por su astucia. Tiene que ver con



Gerdatriepel

la estrategia. Los mapuches aprendían de los animales, porque se relacionaba con la naturaleza. El zorro es súper importante en la cultura mapuche y, por ende, debería ser protegido igual”.

En sus telares, la artesana Nativa Elicura, artesana y profesora de Contulmo, expresa el respeto del pueblo originario por la imagen de este símbolo de la fauna endémica. La artesana teje en el telar que heredó de su abuela formas y figuras provenientes de *pewmas* (sueños) y de los conocimientos ancestrales de su territorio”.

En el valle de Cayucupil, Javier Maricura detalla que

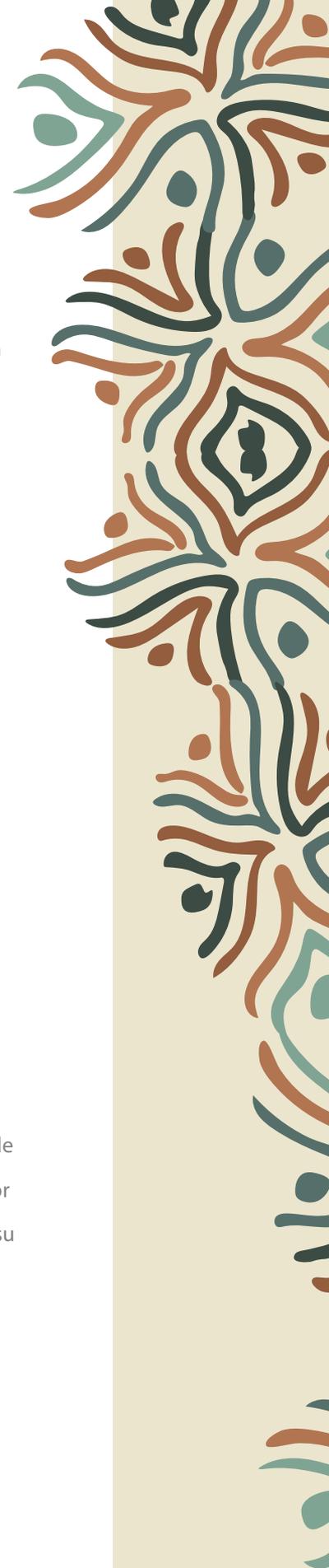
el zorro sería un habitante y compañero en zonas donde se llevaban a cabo ceremonias tradicionales en los alrededores de la Piedra del Águila, y así como también de accesos y pasadizos que conectaban a comunidades mapuche de ambos lados de la Cordillera de Nahuelbuta, al sur de la región del Biobío y al norte de La Araucanía.

“De las historias que se cuentan, ese lugar se ocupaba para ritos ceremoniales y para cruzar, por temas de miradores y que igual tiene un atajo de lo que es el territorio de costa, de Lafkenche con Nagche. Era como un camino, un Renin. Eso cuentan los antiguos. Les he preguntado a los más ancianos y dicen que dentro del parque

hay Renin, que son espacios donde hay concentración espiritual, y también cumplían la función de transportación, como ‘portales’. No cualquier persona tenía esa capacidad”, comenta.

Conservación

El zorro de Darwin es una especie única entre la fauna nativa de Chile: es el más pequeño de los cánidos que habitan en el país y una de las especies de su tipo en mayor riesgo de conservación en el mundo. Lugareños de las áreas donde sobreviven sus pequeñas poblaciones son conscientes de la necesidad de proteger su entorno, tanto por su valor ecológico como por su sentido patrimonial.





“Debería resguardarse como todo lo que está dentro de la cordillera de Nahuelbuta, que es la única reserva que nos está quedando. El Parque Nacional, un poco de Caramávida... todo lo que esté dentro de ese lugar debería seguir ahí”, opina la dirigente Gicelle Lepillán. Para ella y para muchas de las personas que residen en las regiones en las que permanece este animal endémico, su existencia es también la de un ecosistema completo.

“Aquí ya no queda nada nativo”, critica Jorge Artiaga, molinero de Purén. “Es una bendición tener esos animales cerca de nosotros. Mucha gente no los conoce y no tienen la oportunidad, porque como viven más a orilla de ciudad.

Acá, mucha gente ha visto al puma, un venado o un zorro. Entonces, son cosas bonitas que uno aprecia y que mucha gente no tiene la oportunidad de apreciarlo”, agrega Emilio Morales, de la misma comuna.

Las comunidades son conscientes de que la protección de especies como el zorro de Darwin contribuye a tener un territorio de mayor riqueza. Patricia Ottone ha trabajado en diversas iniciativas comunitarias y de relación con vecinos y la protección del entorno. Asegura que el cuidado de la biodiversidad es importante porque permite un equilibrio entre la actividad humana y la naturaleza. “Me doy cuenta de esta importancia en el lugar que habito. Me

gustan mucho las aves y allá se ven mucho, muchas rapaces también. Hay gente que me dice que ahí siempre hay ratones, pero yo no he visto tanto ratón, sí rapaces. Entonces, creo que se produce ese desequilibrio necesario”.

En el ámbito de la medicina ancestral mapuche, el estado de conservación de las especies endémicas en los territorios de la cordillera de Nahuelbuta es un elemento central. Amenazas como la erosión de los suelos, la tala indiscriminada, los monocultivos con fines comerciales y la pérdida de espacios habitados por animales endémicos afecta directamente a la puesta en práctica de este conocimiento centenario.

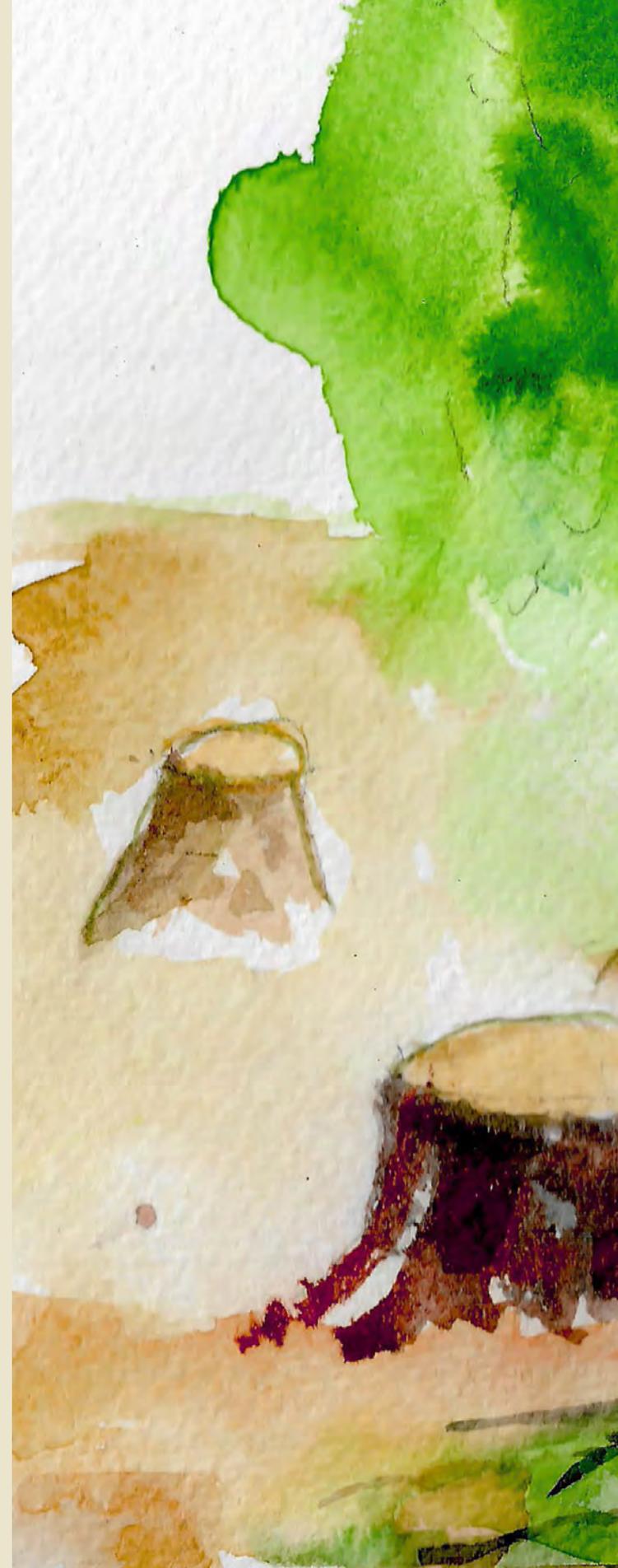
Amenazas

A lo largo del último siglo, el zorro de Darwin ha sido víctima de la práctica de la caza, una gran amenaza para la conservación de esta y otras especies endémicas. Algunos lugareños recuerdan historias de grupos de hombres que salían a controlar su población en las épocas donde nacían las nuevas camadas. También hay testimonios que dan cuenta de que se hizo con fines comerciales.

“Antiguamente, se cazaba por las pieles y no solamente el zorro. Se cazaba también el coipo, el conejo y la liebre. Eran pieles muy bien pagadas”, asegura Emilio Morales, de Purén. Además de prácticas

ineficientes en agricultura y ganadería, estudios recientes mencionan una falta de cultura de la población en relación al valor de las especies y sus hábitats. Una de ellas, según relata Javier Manicura, tuvo que ver con la alimentación por parte de las personas al zorro.

Sin embargo, gran parte de los habitantes del Biobío y La Araucanía, donde aún permanecen pequeñas poblaciones de este cánido, mencionan la actividad forestal como la principal amenaza para la conservación de la flora y fauna endémica. Muchos apuntan a la actividad industrial, pero también a aquellos vecinos que hicieron de los monocultivos parte de su economía.





Gerda-triebel

Se estima que en la actualidad sólo 50 ejemplares componen la población total de esta especie. El cambio de uso de suelo, de bosque nativo a tierra para plantaciones forestales y agrícolas, ha mermado su ecosistema a todo nivel.

La dirigente Gicell Lepillán utiliza la cosmovisión indígena para analizar la problemática. “Desde el punto de vista mapuche se trata de resguardar todas las especies que existen, porque todas las especies son espíritus en la Tierra. Entonces, de alguna u otra forma, algo está afectándolas. Ya se han perdido varias especies y la presencia de otras han disminuido”, reflexiona.

Sensaciones

En algunos sectores rurales de la cordillera de Nahuelbuta, la presencia de zorros fue históricamente relacionada como una amenaza a la economía familiar. Sin embargo, por el contrario, la mayor parte de los testimonios en la actualidad aluden a que la pérdida de este tipo de animales endémicos representa un serio peligro para la conservación de la biodiversidad característica de dicha cordillera.

“La sensación es de impotencia, porque no hemos cuidado nada. Y si ellos se extinguen, con el tiempo nos vamos a extinguir nosotros, porque no hemos cuidado nuestro entorno. No hemos

valorado lo que tenemos”, opina la artesana Nativa de Elicura. “Lo estamos sufriendo, lo vamos a seguir sufriendo y me voy a morir con ese sufrimiento, con la pena de que uno lo vio y ahora no, con toda esa riqueza con la que uno se crió”, reconoce María Florinda Manicura, de Cañete.

Las sensaciones de los vecinos ante la condición crítica de la conservación del zorro de Darwin dejan de manifiesto la tristeza por la incapacidad de preservar un tesoro de incalculable valor natural e histórico. Un patrimonio de la cultura de los pueblos que dieron origen a las actuales poblaciones, un elemento central de ese ecosistema natural de belleza



imponente, y que podría no volver a tener a uno de sus mayores símbolos.

“Todo eso se ha ido perdiendo. Sabemos lo que nos daba la naturaleza. Yo salía al campo para arriba y me encontraba con grandes mutillares, con chupones, con avellanas, con digüeños, con changle y con loyo. ¿Y ahora? Nada. Lo que más le interesa a las grandes empresas es la plata y por ese tema destruimos lo poco y nada que nos está quedando”, dice el obrero de la comuna de Contulmo, Eugenio Colipán.

Patricia Ottone confiesa sentirse triste ante esta problemática. “A mí me gusta la naturaleza, un mundo con

biodiversidad es un buen espacio para vivir. Creo que los seres humanos nos hemos alejado mucho y por eso andamos con la brújula tan perdida. Es como que nosotros nos salimos de la naturaleza y la vemos de la distancia. Entonces somos parte de este ecosistema desequilibrado. Es como darse cuenta en realidad de lo que está pasando. Se están extinguiendo especies, espacios armónicos para vivir. Es bien triste lo que está pasando en todo el mundo”.

En Cañete, Jaime Pincheira reflexiona sobre una situación que podría ser irreparable. “Perdemos algo nuestro. Es como que la vida de uno es formada por fragmentos y cada vez que se pierde una

especie creo que nos va a faltar algo a la vida nuestra”.

Propuestas

Conscientes de la condición crítica en la que se encuentra el zorro de Darwin, las comunidades apuestan por contribuir a generar iniciativas que permitan evitar un desenlace trágico para su historia. Por una parte, algunas propuestas apuntan a la reducción del impacto de la actividad forestal; otras, a poner en valor el ecosistema y generar espacios para la promoción del turismo.

Óscar Gutiérrez, vecino de Curanilahue, argumenta que “las medidas deben apuntar a no plantar tan cerca de los

ríos. Entonces ahí se podrían conservar más los bosques y especies, ya sea, el zorro, la liebre o el conejo, porque es una cadena de alimentación que se produce”.

A nivel de políticas públicas se han destinado esfuerzos para resolver una de las principales barreras para incentivar la disminución de las presiones sobre los territorios en las que habitan animales nativos como el zorro, pero estas no han surtido el efecto esperado. En la actualidad, organismos técnicos apuntan que existen débiles capacidades, falta de conocimiento y baja valorización social y cultural de las especies y sus hábitat, tanto de la sociedad civil como del sector privado y las instituciones de gobierno.

Ady Jara activista local por la conservación de la naturaleza y la cultura del Valle de Elicura, enfatiza en la necesidad de generar políticas públicas y empresariales más efectivas en relación a la convivencia de actividades industriales con ecosistemas únicos como Nahuelbuta. “Tomar consciencia es hoy una obligación”, asegura.

“Yo lo veo como mapuche y para mí es súper importante que él siga vivo, porque es parte de mi cultura. El zorro de Darwin no es el zorro de Darwin, es el zorro de la humanidad y vive aquí, tiene todo el derecho porque es un ser vivo, un hermano más para mí”, argumenta.

Las propuestas locales no solo apuntan a un término

abrupto de la actividad industrial o agrícola, sino a generar una convivencia más armónica. De esta manera, se podrían establecer mejores condiciones para la conservación no sólo del zorro de Darwin, sino de todas las especies amenazadas. En este sentido, desafíos como la reforestación de predios nativos y la firma de compromisos con las grandes compañías presentes en el área, además de una adecuada fiscalización, son parte de las exigencias compartidas.

Luis Urra, vecino de Purén, también alude a la necesidad de generar mejores políticas para aquellos que pueden



contribuir a la conservación de una biodiversidad única, generando espacios también para que las comunidades puedan extraer dividendos de una actividad más consciente en sus sistemas de producción y modos de vida.

Patricia Ottone, por su parte, ayudó a formar en Angol un agrupación de ecoturismo rural y busca impulsar diversos proyectos que promuevan la conservación, desde la forestación hasta actividades comerciales que den valor al patrimonio natural.

Proyecciones

A pesar del valor que las comunidades asignan a la

conservación de las especies endémicas, su proyección del futuro del zorro de Darwin tienden a ser pesimistas. En diez años, pronostica Jorge Artiaga, “van a desaparecer todos, como también van a desaparecer las aguas. Yo mismo, que estoy a la orilla del río, veo la baja de agua que hay. En el invierno aumenta un poquito cuando llueve no más, y después desaparece”.

La cuestión hídrica es una preocupación recurrente entre los vecinos con miras al resguardo de animales nativos. “Mi respuesta es que se va a acabar todo. Es incómodo decirlo, pero es la realidad. Todos esos animalitos que antes se

veían, ahora ya no están”, expone Emilio Morales.

La amenaza al bosque nativo supone otro riesgo latente. Se estima que la erosión de los suelos, por la intensificación de actividades a niveles industriales, es el principal factor de cuidado. Y en este sentido, testimonios como el de Óscar Gutiérrez, de Curanilahue, llaman por brindar mejores incentivos a la protección del ecosistema y su biodiversidad. “Si no hay un esfuerzo por apoyar y conservar más bosque nativo, en el fondo va terminar perdiéndose”, dice.

Nelson Cuevas asegura que el futuro no es muy alentador, en especial si las compañías que extraen





recursos del territorio no adoptan medidas de mitigación para sus impacto mucho más profundas. “Las forestales ya introdujeron especies exóticas en Chile, sus plantaciones crecieron mil veces fuera de lo normal y ahora vienen con nuevas especies creadas genéticamente. No lo veo nada de alentador”.

El actual uso de los territorios donde habita el zorro de Darwin con fines eminentemente industriales supone una de las mayores barreras para la conservación de las pequeñas y últimas manadas que continúan existiendo. Para las comunidades, el modelo forestal enfocado en arrasar

los suelos no alimenta grandes expectativas de que aquellas especies en condición crítica de desaparecer puedan seguir en el planeta en las próximas décadas.

“Yo digo que ya no hay recuperación. Día a día se está terminando. Se está terminando todo, porque está entrando esa máquina potente, esa gente potente igual que está llegando. Esos no tienen que ver con nada, lo que le interesa es el puro dinero, nada más. A ellos no le importa que esta gente comía esto o tenían esto. Eso a ellos no le importa, porque a la gente pobre la miran como a cualquier ave no más. Es un avecita más

que lo miran ellos y sacando la riqueza”, opina María Maricura, a sus 82 años, desde Cañete.

Si las nuevas generaciones podrán apreciar in situ animales como el zorro de Darwin es una pregunta que, para muchos, ya está contestada. Cada vez son menos los que han visto a este animal merodeando por los bosques húmedos de Nahuelbuta, y quienes tuvieron la fortuna de avistarlo, lo relatan con la distancia del tiempo. “Me gustaría que mis hijos conocieran esto o mis bisnietos, pero así como veo las cosas difícil, francamente lo veo muy difícil”, concluye Nativa Elicura.

Quelle



rule



El Queule

La especie mítica de la cordillera de la Costa

La sustitución del bosque nativo ha sido una de las razones que han puesto a esta especie endémica, que crece únicamente en la zona centro-sur del país, en situación de amenaza. En medio de los esfuerzos por su conservación y restauración, surge el relato de los habitantes que le conocen.

Quienes han crecido observando su imponente figura dicen que no es fácil reconocer al Queule, un árbol de copa piramidal y tronco alargado y rugoso con algunas marcas verticales de color grisáceo ceniciento, cuya altura puede

alcanzar sobre los 30 metros. Sólo sus hojas largas y ovaladas, pueden ayudar a identificar a esta especie endémica hoy amenazada, y que se distribuye entre Maule, Ñuble y Biobío.

“Está grabado en mi mente”, cuenta Sebastián

Torres, agricultor de 84 años de la comuna de Tomé. “Si uno lo miraba hacia arriba, se veía frondoso, los ganchos, las hojas larguitas, su fragancia. Los recuerdo como de 25 metros, en una quebrada y buscando el sol. Algunos estaban en la loma. Gruesos,

eran hartos. Los que quedaron en las quebradas fueron los que se salvaron”.

La historia cuenta que esta especie debe su nombre científico –Gomortega keule– a un botánico español, Casimiro Gómez Ortega. Pertenece a una familia de una sola especie, las Gomortegaceae, endémica de nuestro país, pero que está emparentada con las lauráceas. El cambio en el uso de suelo, de bosque nativo a otros usos agrícolas - forestales, entre otras causas, ha puesto a este árbol único de la cordillera de la Costa en riesgo: según registros sólo quedarían alrededor de mil ejemplares.

Para Sebastián Torres, el Queule ha sido parte de su

historia de vida. Lo recuerda como un símbolo de su niñez, que se desarrolló entre Tomé y Dichato. Acostumbraba a reunirse con amigos para ir al bosque a recoger el fruto amarillo típico de este árbol. “Nos juntábamos en patota, todos los niños de barrio y partíamos a buscar el Queule... lo hicimos varias veces. Llevábamos esas bolsas harineras y nos regodeábamos, porque había unos chiquitos y otros grandes. Muchos los pisábamos”, cuenta.

De esa época, el habitante tomesino recuerda los dulces y mermeladas que preparaban las madres con el botín de esas aventuras infantiles, que se extendían por horas recorriendo el bosque nativo

y hasta tomando un descanso bajo la sombra del Queule. “Después, nunca más fui a ese lugar, porque el Queule se terminó. Plantaron eucaliptos y pinos, que son monocultivos, sólo plantaciones y no bosque. En esta parte había mucho Queule, un bosque, rodeado de hualle, boldo, litre y arrayán, pero ya no queda nada”, cuenta este habitante de la Región del Biobío.

Hábitat y presencia

La actual población de Queules se distribuye principalmente en las zonas costeras de las regiones del Maule, Ñuble y Biobío. Se estima que tiene presencia en nueve comunas, repartidas en 22 subsectores. Crece en



Gerdattriebel

la ecorregión mediterránea costera de Chile, a una altura de entre 50 y 800 metros sobre el nivel del mar, desde Cauquenes, en la Región del Maule, hasta Caramávida, en el Biobío.

Sergio Rivas, habitante de la localidad de Quile, en Cobquecura, utilizó la herramienta de georreferencia Google Map para descubrir la Ruta del Queule. Había oído su nombre y supo que cerca de su escuela había una reserva donde se conservaban algunos ejemplares. “Entonces empecé a averiguar qué era el Queule. Me di cuenta que era un árbol y me encontré con varias personas que lo trabajaban, que hacían conservas, mermeladas”, cuenta.

Se encuentra principalmente en valles con influencia oceánica, cursos de agua y asociada a otras especies. Tiene un polinizador específico (*dípteros Syrphidae*, Lander et al 2009) y su abundancia depende del tamaño de la mancha de bosque nativo.

Sergio cree que lo que hace único a este árbol es el microclima de la cordillera de la Costa. De su cuesco extremadamente duro, relata, “sólo pueden extraerse, con suerte, dos semillas”.

La profesora Ana María Cifuentes, de la Escuela Básica del sector de Canelillos, en Pelluhue, Región del Maule, acostumbra a llevar a sus

alumnos a la Reserva de Conaf Los Queules. “Vamos a recolectar semillas y ahora deberíamos ir en junio para sembrar nuevamente, porque se demora como dos años en germinar”, relata la docente. Hacen el mismo trabajo con el Queule y el pitao, pero el primero de ellos es el más desafiante. Lo cuidan con esmero, bajo un toldo.

De follaje siempre verde

“Tiene una hoja dura, ni grande ni chica, verde y un poquito áspera”, comenta Ana María Cifuentes, quien desde su rol de profesora no sólo está contribuyendo a que nuevos ejemplares del Queule puedan crecer, sino también



a que las generaciones actuales puedan conocerlo... y reconocerlo. En esa tarea, agrega la educadora, su fruto es un elemento característico: de color amarillo, similar al níspero y rojizo cuando madura.

Posee un follaje siempre verde, con hojas verdes, oscuras, algo quebradizas, con borde liso y aromáticas, y una delicada floración. Su tronco en condición de renovación es recto, aunque individuos maduros poseen numerosas ramificaciones, con una corteza de tono gris ceniciento, y puede alcanzar alturas de entre 25 y 30 metros. Su característica tonalidad verde se mantiene durante todas las estaciones,

con un fruto apetecido y una madera valorada por su durabilidad.

Víctor Saavedra, profesor de Historia, hoy vive en Talcahuano, pero fue criado en Tomé. Se considera un experto identificando al Queule, pese a no haberlo conocido desde niño. Supo de su existencia y empezó a acercarse a su historia, su condición amenazada y su relación con el territorio y sus habitantes. Pasaron años, cuenta, antes de que viera uno. “Primero lo conocía en la teoría y después en la práctica”.

“No lo conozco de tan pequeño. Después de haber estudiado, empecé a interiorizarme un poco más en lo que es la flora y fauna. De

hecho, siempre me ha gustado el tema de la naturaleza, pero con el paso del tiempo me dio por estudiar un poquito más del tema y ahí descubrí que había una especie que era el Queule, que está en peligro de extinción y se suponía que había muchos en Tomé. Pasó mucho tiempo, incluso años, en que viera uno en vivo y en directo”, revela.

El docente comenta que, entre sus amigos, la presencia del Queule era casi un mito. Muchos decían que en tal parte había uno o que cierto vecino se embriagó comiendo su fruto. “No es fácil encontrarlo. Además, si uno no lo sabe identificar, puede pasar como un árbol cualquiera, a menos de que lo

veas con el fruto maduro, que ahí sí se nota súper claro”.

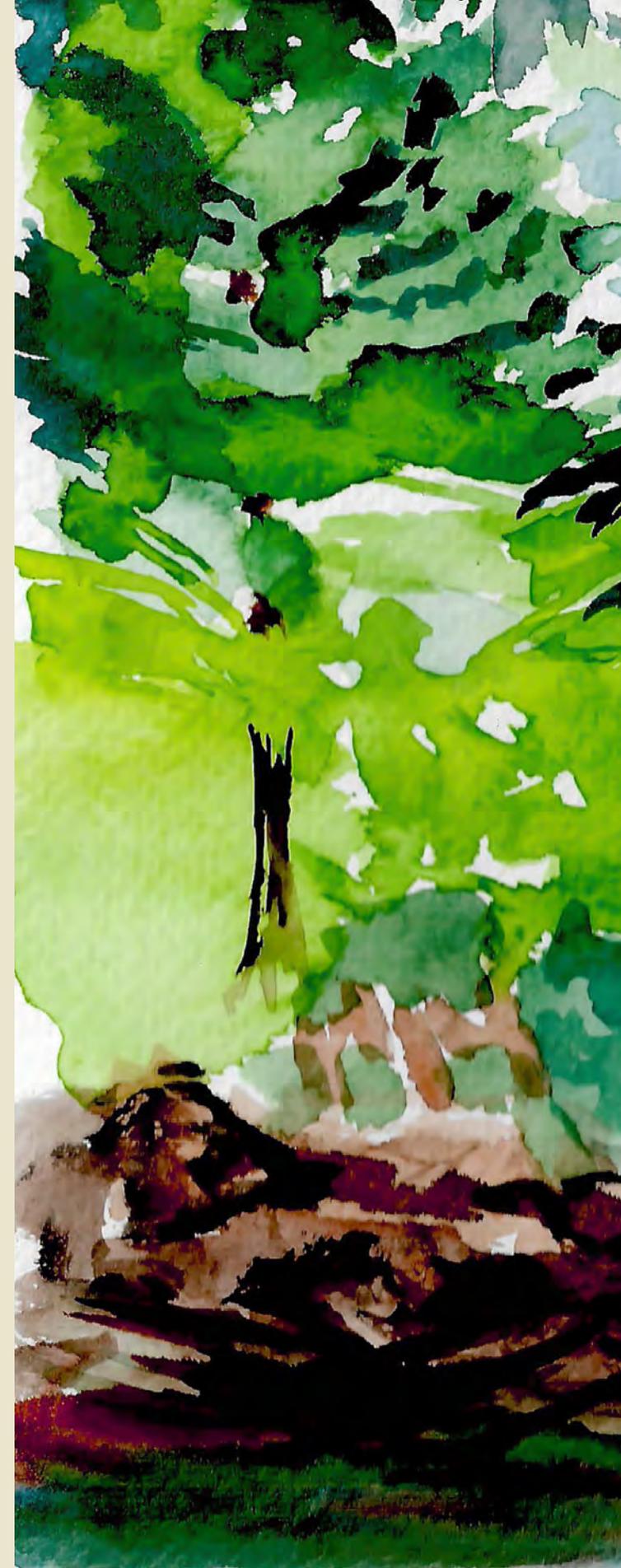
Un fruto que embriaga

Muchos lugareños de las zonas donde se ubica este árbol endémico relatan las bondades gastronómicas bastante particulares del fruto del Queule. Algunas de sus historias dan cuenta de sabores que permanecen en la memoria en distintas formas, dulces, mermeladas o chichas. La propiedad alcohólica y/o psicotrópica de su cáscara es un elemento que se repite entre quienes se atrevieron a probarla.

“La gente decía ‘ipelen eso porque o si no se van a curar, se van a marear!’,

entonces por eso nosotros lo pelábamos”, cuenta la vecina de Penco, Marta Flores, de 60 años. “Del Queule tengo recuerdos de una tía, porque mi mami nunca lo cocía. Iba donde ella y tenía un tarro de lata lleno de jugo para comer con harina. Era jugo del Queule con harina tostada. Era dulcecito y nosotros comíamos. Es más cuesco que carne”.

Érica Leal, trabajadora social de Pelluhue, durante su infancia vivió en el sector de Canellillos junto a sus padres agricultores. Coincide con estas propiedades embriagadoras del Queule. Su madre, relata, “decía que había que comerse dos o tres nada más, porque te mareas”. En





Gerdatriebel

su versión, el fruto del Queule incluso era considerado como una suerte de manzana del Edén: “rico, pero vengativo”.

Para esta vecina del sector Cardonal, los sabores de su fruto almacenan distintos aromas de su entorno. “Al comerlo tiene como un olor como a lingue, a peumo, como a esas cosas. Como un olor fuerte, pero un aroma rico”, añade Erica. “Tiene un sabor como agridulce, aunque quizás es porque lo comíamos verde. Un aroma dulce, no cítrico, y que emborrachaba un poco. Si lo comías mucho, el cuerpo se te iba un poco”.

Rodeado por nativos

La presencia del Queule en su hábitat característico de

la cordillera de la Costa está emparentada a la presencia de flora y fauna nativa. Su condición amenazada, que tiene a unos pocos ejemplares en refugios rodeados de plantaciones forestales, contrasta con un pasado muy diferente. Muchos vecinos recuerdan aves y animales en su entorno, también flora tradicional.

“A través del árbol se colocaban las matas de copihue”, señala Érica Leal, quien detalla varias especies configurando el ecosistema del Queule: peumo, lingue, avellanos, arrayán y boldo. “Por lo general, era una montaña casi sin explotar por el ser humano”, remarca. Para Marta Flores, en tanto, los

recuerdos de los territorios donde se emplazaba este árbol endémico la llevan a especies como el boldo o el maqui. “Había puro nativo a su alrededor, arbustos que protegían al Queule”, asegura.

Ociel Carrillo, vecino por más de 40 años de Caramávida, afirma que hoy los ejemplares que sobreviven lo hacen en su mayoría entre plantaciones con fines comerciales. Sin embargo, aún es posible encontrar otros grupos refugiados entre naturaleza típica. “Hay otros en un sector con más montaña virgen, donde convive con robles y araucarias”, dice quien durante toda su vida ha disfrutado de un entorno con vegetación y fauna autóctona.

Carrillo asegura que, “antes, la zona era mucho más preciosa todavía”. Acerca de los animales que frecuentaban los húmedos territorios donde habita el Queule, menciona principalmente a las aves. “Si vas a la montaña, te encuentras con tencas y carpinteros”, agrega.

Las amenazas para esta especie son las mismas que afectan a todos los componentes del bosque nativo: degradación de los suelos, cambio de uso de suelo, sobreexplotación comercial, incendios o disponibilidad de agua. Para Leonardo Jara, activista medioambiental de la comuna de Penco, la flora y fauna endémica es clave para la supervivencia del árbol, y

que es clave recopilar evidencia científica que sustente planes de conservación e incentive a los ciudadanos a ser protagonistas de la recuperación de este árbol.

“El Queule convive con más especies. Si creció con un laurel o hasta un pino al lado, y lo corto, voy a afectar directamente al Queule. Es un árbol que necesita a sus hermanos alrededor, porque genera un bioma o hábitat seguro para él, ya sean esperes de fauna y flora”, afirma.

Queule protagonista

El Queule aparece como un elemento común en historias de infancia de quienes vivieron su época

de esplendor, pero también se presenta en aquellos que en la actualidad buscan ser protagonistas de la conservación de la flora y fauna endémica. Algunos vecinos recuerdan haber visitado bosques para recuperar sus frutos amarillos de tonos rojizos al momento de caer; otros, más jóvenes, lo posicionan como un símbolo de la defensa del territorio nativo.

De las aventuras de niñez de Sebastián Torres al trabajo de Leonardo Jara, de 29 años, no cabe duda que el Queule es un árbol característico de las nueve comunas donde hoy se documenta su presencia. Una especie mítica, fantasma, con recuerdos difusos e historias

que conectan a distintas generaciones. Y entre ellas, una versión común: la amenaza del Queule es la amenaza a todo el ecosistema.

“En las últimas décadas, se exterminó el bosque nativo y quedan estos manchones donde no puede llegar el bosque forestal, que son quebradas y donde hay cursos de agua, y en este caso donde están los esteros. Quedan varios manchones y quebradas en Penco. En el sector de Lirquén hay especies. Porque, antiguamente, por lo que se comenta, el Queule llegaba hasta la costa, es decir, en todo este sector, con los lafkenches que estaban acá y hoy en día, los únicos Queules

que tenemos son los que están arriba”, asegura Jara.

Sebastián Torres, quien vivió su infancia en la primera mitad del siglo XX corriendo entre los Queules, asegura que el auge de los monocultivos coincidió con la disminución de esta y otras especies, relegándolas a refugios donde batallan a duras penas con seguir existiendo. La señora Teresa, del sector de Quile, en Cobquecura, recuerda especies nativas que hoy ya no es posible encontrar en el paisaje local como consecuencia del impacto de flora y fauna introducida.

“Había mucho más nativo, como robles, avellanos, peumos, queules, litres, y boldos. Eso ahora no se ve. Ahora hay puros pinos”,

enfatisa esta vecina de 54 años.

En la comuna de Pelluhue, Érica Leal atesora imágenes de las montañas repletas de ejemplares nativos, entre ellos el Queule. ¿Qué pasó? se pregunta esta trabajadora social, quien dice no estar en contra de la actividad comercial en la zona, pero sí de la explotación del terreno y de la pérdida de protagonismo de los pequeños agricultores.

Medicina mapuche

Para conocedoras de la medicina tradicional mapuche, el Queule, específicamente sus hojas y frutos, son elementos recordados en la práctica médica ancestral de comunidades mapuche de la Región de Biobío.



Gerda Triebel

El fruto de esta especie endémica ha sido considerado desde tiempos remotos como una medicina. Así lo corroboran testimonios de algunos descendientes. “El Queule es para la memoria. Usted hace un jarabe de Queule para la memoria; las hojas sirven para limpieza de los riñones; para limpiar el hígado, todo con la hoja del Queule, es muy medicinal. Tiene mucha vitamina; es un alimento para el cerebro, para la mente, para todo”, dice la señora María, de 82 años, *lawentuchefe* o médica mapuche del Valle de Cayucupil.

Para la médica, quien posee y practica conocimientos de la medicina tradicional mapuche en favor de la población y de quiénes se han tratado por

años distintos padecimientos, detalla una de las preparaciones elaboradas en base a las hojas del Queule.

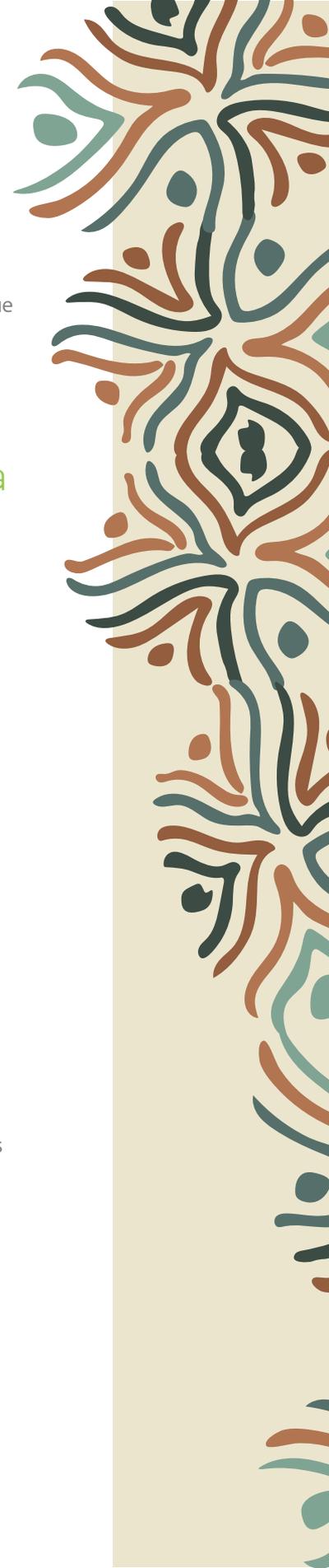
“Se toma como tecito. Se echan nueve hojas, se hacen tiras y se ponen dentro de un tazón grande. Y eso se lo puede ir tomando como quiera”, recomienda.

Por su parte, María Flores, nieta de la *lawentuchefe*, dice que los usos del jugo de Queule eran frecuentes en comunidades mapuches del sur de Chile. “Decía que era para fortalecer los huesos y que era como vitamina para el cuerpo. Se les daba a todas las edades, porque decía que ese árbol tenía muchas propiedades y mucha fuerza, al ser nativo.

Le daba a tomar uno para fortalecer el cuerpo, por eso que los mapuches eran tan firmes antes”.

Parte de la cultura

Los atributos sanitarios del Queule no fueron el único motivo por el cual las comunidades lo utilizaban en su vida diaria. Su fruto, con fines culinarios, y su madera, para edificar estructuras en épocas pasadas (ya que su condición protegida hoy hace imposible esa labor), fueron también parte de sus usos más comunes. En el plano gastronómico, dulces, mermeladas y bebidas –jugos y brebajes alcohólicos– han sido las preparaciones más típicas.





Algunas versiones dan cuenta de refrescantes bebidas mezcladas con harina tostada, otros de tragos hechos con ese fruto amarillo de tono rojizo que caracterizaban el hábitat del Queule. En Pelluhue, la profesora Ana María Cifuentes ha cumplido una encomiable labor educando sobre especies endémicas, y también preservando aspectos culturales ligados a su historia.

“Hago un trago muy especial, y para el encuentro de las escuelas rurales de Canelillos siempre presento mi ‘Queulao’, un licor de color como el del té. A la gente le gusta mucho y se ha hecho muy famoso. Muchos me dicen que debería hacer para vender, pero resulta que el fruto es

muy escaso. Donde puedo conseguir es en la Reserva: ocupo la fruta y el carozo lo traigo de vuelta para sembrar”, relata.

La docente también destaca la preparación de una mermelada de “un picor mentolado”, y que incluso podría tener beneficios para la salud. “Se está investigando si sirve para algo. A lo mejor es la fruta de la juventud”, bromea.

En Cobquecura, la señora Adriana, de 48 años, detalla cómo se prepara la conserva y la mermelada de Queule. “Colocamos los frutos en agüita para que no se oxiden mientras hacemos el almíbar a hervir; y ahí ponemos los Queules. Colocamos a hervir

20 minutos la conserva; y ahí se sella el frasquito. Lo sacamos cuando está un poco tibia el agua y queda listo el Queule en conserva. La mermelada, en tanto, hay diferentes maneras de hacerla. Se puede hacer molido o cocer. En este caso, lo pusimos a macerar con el azúcar, lo pusimos a hervir y nos resultó la mermelada”.

En épocas pasadas, la madera de Queule también fue utilizada para crear estructuras útiles para comunidades de zonas rurales. Esta labor hoy no podría llevarse a cabo, debido a la condición amenazada de la especie y a la limitada cantidad de árbol que sobrevivieron al debilitamiento de su población en las últimas décadas.

No obstante, testimonios de lugareños dan cuenta de que su madera fue usada principalmente para muebles, eminentemente rústicos y hechos con fines domésticos. Érica Leal explica que “cortaban el árbol con hacha y lo labraban. El aspecto de las piezas era un color rojizo. Cuando se seca y lo barnizan queda lindo, queda como color rojizo. Mi tío trabajaba harto el Queule, hacía muebles y en San Antonio aún hay muebles con esa madera”, añade Adriana.

“Sé que se ha utilizado también históricamente su madera. De hecho, también se ha ocupado para artesanía”, complementa el profesor Víctor Saavedra. Adriana subraya un uso bastante menos común

del carozo del Queule: en la localidad de Quile, según explica, los cuescos eran utilizados por profesores antiguos para las clases de matemáticas. “Aprendí a contar con ellos”, recuerda.

Conservación

Las nuevas generaciones alientan las esperanzas de que la conservación del Queule pueda ser exitosa, pese a la reducción sistemática de las últimas décadas y el incremento de la actividad comercial y emergencias forestales que han arrasado con territorios de bosque nativo y podrían seguir haciéndolo en el contexto del cambio climático.

Érica Leal rememora conversaciones con su madre





Gerdatriebel

hace más de 30 años, cuando la cantidad de vegetación nativa ya estaba decayendo. “Recuerdo que cuando era chica, mi mamá decía ‘quedan tan pocas’. Ya tengo 42 años y, por lo tanto, cuando tenía siete u ocho años, ya mi mamá decía que esta sería la última mata, porque la gente no está cuidando el bosque nativo”.

Hoy, muchos vecinos no sólo desconocen el estado de amenaza en el que se encuentra el Queule, sino que además tienen dificultades para reconocerlo. Su fruto como elemento de medicina mapuche o las historias de los abuelos que iban a recogerlo en los meses de otoño han hecho que el nombre de este árbol siga estando presente.

La historia del profesor Víctor Saavedra es sintomática: es un amante de la naturaleza y se interiorizó de la problemática por decisión propia. Había oído relatos de un árbol que habitaba en Tomé, y que en épocas pasada era típico de la zona. Su existencia se había erigido en una suerte de mito para las nuevas generaciones.

“Como el árbol está en riesgo de extinción, siempre se conversaba porque dentro de la juventud de Tomé, entre los amigos que tengo: dicen que en tal parte están los queules”, dice este docente, hoy residente de Talcahuano, quien luego de conocer su historia ha recorrido zonas de Tomé donde se pueden observar algunas poblaciones.

“No sé si mucha gente sabe que en el sector de los Bagle, en el cerro, hay cinco Queules a la orilla de mar. Se nota que al medio hubo un árbol madre y fue cortado o murió de viejo. El Queule es como un fósil vivo, es un árbol que convivió con los dinosaurios, por su historia evolutiva. Es un vestigio de la historia de la tierra”, comenta Víctor.

En su opinión, el valor paleobotánico y su característica genética, siendo un árbol de una familia única, maximizan la importancia de su protección. “Por eso tiene un valor importante, que es algo que se debe rescatar y tratar de conservar”.



A sus 29 años, Leonardo Jara, forma parte de la Coordinadora Penco-Lirquén, una organización de pobladores y pobladoras que tiene como visión la protección del territorio. Oyó del Queule en los paseos de verano con sus tíos y desde entonces su nombre quedó grabado.

“Cuando uno escucha algo de chiquitito, esto se va heredando, pero uno valoriza algo cuando uno realmente lo va a perder y eso es lo que estamos haciendo ahora. No queremos heredar un miedo a futuro, que solamente me acuerde del queule cuando lo vayan a ir a cortar”, reflexiona Leonardo, quien junto a sus compañeros de la Coordinadora organiza paseos a zonas de bosque nativo para poner en valor este patrimonio natural.

Para el profesor Sergio Rivas, de la localidad de Quile en Cobquecura, la protección del Queule y otras especies endémicas debe comenzar desde las escuelas. “A pesar de que es una zona forestal, los niños no conocen los árboles nativos. Yo, como educador, sobre todo como educador rural, necesito que mis alumnos conozcan toda esta diversidad y que no solamente la ciudad es importante, sino que también el campo tiene harta riqueza en todo sentido”.

Amenazas múltiples

La actividad forestal y agrícolas no sustentable, la erosión de los suelos, los incendios forestales, el uso excesivo del agua, el pastoreo

no regulado y la tala ilegal son algunas de las causas que han puesto en amenaza al Queule. El profesor Víctor Saavedra agrega una arista adicional a estos factores: la histórica.

“Cuando se asientan las comunidades, lo primero que hacen es ocupar los recursos que ahí están”, afirma. Ya en los primeros años de Tomé, en los siglos XVII y XVIII, hubo astilleros que aprovecharon la madera nativa como materia prima.

Víctor asegura que “lo primero que hicieron los conquistadores fue ocupar las maderas que habían ahí y arrasaron con un bosque denso que había en esta zona. Entonces, claro, esto no sólo se debe al modelo forestal

de hace 30 o 40 años. La deforestación se heredó desde la conquista española en América, donde ya había un uso abusivo de los árboles”.

Tras ese primer uso, describe el docente, el sector agrícola aprovechó la riqueza del bosque nativo a fin de obtener tierra fértil para cultivo. Por ese entonces se comenzó a exportar trigo al virreinato de Perú, por lo que muchas tierras que eran hábitat de especies endémicas terminaron taladas o quemadas para modificar su uso de suelo.

“Ya ese periodo también se suma el modelo forestal, el que plantea la producción a gran escala de madera para construcción. Entonces, es

otra nueva amenaza para el bosque nativo en general y precisamente para el Queule, que como su reproducción es un poco más lenta y es dificultosa, se ve más amenazado”, resume Saavedra.

La tala ilegal es otra de las grandes amenazas para especies como el queule. En Penco, por ejemplo, su madera era utilizada para hacer subproductos. “Como empezó el boom de la madera, lo pescaron, lo cortaron y lo hicieron carbón”, asegura la señora Marta Flores.

Propuestas

Diferentes agrupaciones buscan marcar la diferencia en la conservación del queule

y otras especies endémicas.

Sergio Rivas, docente del establecimiento educacional de Quile, cree que “como escuelas rurales deberíamos por obligación tener un protocolo de que los chiquillos aprendan todo eso, que nosotros vivimos de esto y enseñarles a que ellos reconozcan su tierra y su campo”.

El educador plantea que realizar rutas de turismo endémico, es decir, valorando los elementos turísticos relacionados con los activos culturales locales, también podría ser una buena posibilidad de incentivar acciones de mayor impacto.

Para el activista social Leonardo Jara, quien a través

de la Coordinadora Penco-
Lirquén busca contribuir a la
puesta en valor y conocimiento
de la flora y fauna endémica,
cree que la conservación del
queule se puede orientar desde
diversas aristas. Por ejemplo, la
gastronomía, la investigación

científica y el turismo. Su
colectivo realiza actualmente
caminatas y también tiene
vinculación con los colegios.

“Falta más educación.
Sé que hay colegios con
certificación medioambiental,
entonces deberían apuntar a lo
mejor, no enfocarse tanto en el
reciclaje. Es importante, pero
veamos lo que tenemos en el
territorio y es súper importante.
Tenemos una especie que
está a punto de desaparecer.
Valoremos eso también”,
reflexiona Jara.

Otra de las ideas locales es
fomentar la reforestación de
Queules en espacios físicos
de diferentes comunas, con
el objetivo de ser conocido
por jóvenes y las nuevas
generaciones. “Me gustaría
que existiera o que hubiera un
Queule en los parques, para
que los niños o las nuevas
generaciones sepan qué es este



árbol y qué fruta da”, sugiere Sebastián Torres, de Tomé.

En la localidad de Canelillos, en Pelluhue, la profesora Ana María Cifuentes trabaja en un proyecto para incentivar la reforestación. Asiste con sus alumnos a la Reserva Nacional Los Queules para recolectar semillas. Apoyada por la Corporación Nacional Forestal (Conaf), la docente y sus estudiantes trabajan para que las escasas semillas que da el fruto de este árbol, apenas dos, puedan germinar nuevos ejemplares. Ya tienen uno en su escuela.

Proyección

Pese a los esfuerzos desplegados, las comunidades

no son optimistas en relación de la conservación del Queule. Ociel Carrillo, de Caramávida, reconoce tener una sensación de tristeza por no tener las herramientas para hacer algo más por el futuro de la especie. Al mismo tiempo, hace un llamado a que los ciudadanos se unan para el cuidado de la flora y fauna endémica.

“No puedo remar solo. Hay que remar con mucha más gente, con muchas entidades para poder parar esto, es decir, ver que está en peligro de extinción un árbol que es de acá solamente, que sale en Chile y no le demos el valor nosotros. Como locales les damos un valor, pero hay entidades más grandes que a ellos les da lo mismo”, reflexiona.

Érica Leal, de Pelluhue, cree que es muy necesario que el Estado se haga parte de este proceso. De lo contrario, dice, proyecta una muerte cercano para las reducidas poblaciones de queule distribuidas en la zona centro sur del país. “Según lo que hagamos ahora nos puede ir bien o mal más adelante”, agrega Víctor Saavedra, quien considera clave que se lleven a cabo estudios más profundos en la materia.

Leonardo Jara advierte su temor respecto a que la conservación del árbol típico de la cordillera de la Costa choque con los afanes comerciales de la industria y que las entidades públicas a cargo de gestionar la problemática “no den el ancho”.



Lent



Organización de las Naciones
Unidas para la Alimentación
y la Agricultura

